

Las resistencias de las culturas populares en Chile y Brasil, ante el avance del Estado oligárquico (1870-1930).

Bel, Rolando.

Cita:

Bel, Rolando (2017). *Las resistencias de las culturas populares en Chile y Brasil, ante el avance del Estado oligárquico (1870-1930)*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/226>

Título: Las resistencias de las culturas populares en Chile y Brasil, ante el avance del Estado oligárquico (1870-1930).

Autor: Rolando Bel

Institución: Universidad Nacional del Comahue

Mesa 41: Categorías etno-raciales, mecanismos jurídicos y procesos de dominación y resistencia. De la Colonia a las Repúblicas decimonónicas.

Introducción

En este trabajo me propongo realizar una comparación de los procesos de resistencias de las clases populares ante el nuevo orden oligárquico, en los espacios latinoamericanos de Chile y Brasil, específicamente en el Norte salitrero chileno y el Nordeste brasileño, durante las tres últimas décadas del siglo XIX. Podría afirmarse que en la mayoría de los espacios latinoamericanos, después de la Independencia, aconteció una dinámica que combinó la construcción de un sistema de Estado Republicano –con la excepción brasileña, país donde se estableció un régimen de monarquía constitucional que duraría hasta 1889- con fuertes características oligárquicas; y en forma simultánea se producía la expansión y profundización de relaciones sociales capitalistas de carácter dependiente en su inserción al mercado mundial. Este proceso fue gestionado por las élites políticas y económicas oligárquicas, en una duración que abarcaría desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del XX¹.

Para consolidar el nuevo orden, las elites socioeconómicas necesitaban disciplinar a los sectores y clases populares, para lo que desarrollaron nuevos dispositivos de coacción y a la vez reciclaron otros que provenían de la antigua dominación colonial. Empero, las resistencias de las clases populares se manifestaron de formas diversas, tanto en las estrategias implementadas como en su alcance espacial, con acciones constantes a pesar de su fragmentación y de los numerosos intentos represivos por parte de la clase dominante.

Desde la perspectiva teórica considero adecuado implementar el concepto de *rebeldía primitiva*, que proviene del famoso texto de Eric Hobsbawm. El autor apunta que si bien estos

¹ Utilizaré al concepto de elite, para referirnos a ese grupo propietario, generalmente dueños de haciendas, plantaciones, minas y a veces también casas comerciales, que se constituye en el grupo social dominante. Consideramos que su configuración como una clase burguesa, primero de carácter regional y después nacional, es un proceso más tardío.

movimientos son primitivos e incluso pre-políticos no deben ser olvidados ni tampoco subestimados, ya que llevan en su génesis muchos elementos de un movimiento social moderno (Hobsbawm, 1983, p.p.11-13). Algunos de estos elementos fueron: una identidad-muchas veces difusa o primordial pero activa-, un principio de solidaridad entre iguales-aunque no siempre esa igualdad sea evidente desde lo social-, la pertenencia a un determinado espacio territorial, el rechazo a la intervención externa (o intervención desmedida) tanto de las instituciones estatales como de las clases dominantes y la lucha por causas consideradas justas (Hobsbawm, 1983, p.p.144-170).

Si bien estos movimientos, que se caracterizaron por sus múltiples y creativas - y a veces impredecibles- formas de luchas, no lograron derrotar al nuevo orden, el autor británico les reconoce ese gran potencial energético que en su época les permitió cuestionar al orden imperante, e incluso construir una cultura de resistencia que permitiría dificultar la implementación de los cambios requeridos por el sistema capitalista. Además, esas experiencias históricas permitieron construir un reservorio, que a mediano plazo, sería un insumo político para desarrollo de las futuras luchas anti-capitalistas de los movimientos anarquistas, socialistas, comunistas, etc. Como bien argumenta Edward Thompson, las luchas de las turbas urbanas pre-industriales, por ejemplo los motines del pan, fueron un legado de experiencias y referencias para las posteriores luchas de la clase obrera industrial inglesa (Thompson, 1988).

Al mencionado incremento de la legislación represiva, que castigaba a la supuesta ociosidad de las clases populares, la encontramos en la mayoría de los espacios hispanoamericanos, tanto en el período colonial como en el primer siglo de independencia. En numerosas regiones se implementaron leyes coactivas para disciplinar y fijar a la mano de obra, por ejemplo, en el ex – Virreinato del Río de la Plata con la famosa Ley o Papeleta de Conchabo que se implementó en varias provincias como Buenos Aires, Entre Ríos, Córdoba y Santa Fé, y que en algunos casos estuvieron vigentes hasta 1900. En forma simultánea, las elites generan un marco legal para desposeer y/o impedir el acceso de estas clases populares a las extensas tierras realengas existentes en estos espacios, por ejemplo la Ordenanza de Llanos de la provincia de Caracas (Venezuela, 1811) o la Ley de Tierras del Imperio Brasileño (sancionada por el gobierno del emperador Pedro II en 1850).

Brasil y Chile, dos contextos tan latinoamericanos como particulares

En el espacio brasileño, la ya mencionada Ley de Tierras de 1850, fue el marco jurídico por el cual se definió la forma en que sería constituida la propiedad agrícola en ese país. Ya que, hasta esa fecha, el derecho de propiedad era reservado sólo para la Corona y los usuarios detentaban solamente la concesión de uso y no la propiedad legal. La misma determinaba que solamente podría ser considerado propietario, quien legalizase sus tierras en los registros oficiales, pagando cierta suma de dinero para la Corona. Así, la principal consecuencia social de la ley mencionada fue que mantuvo a los pobres en la condición de sin tierra y, por otro lado, legalizó como propiedad privada las grandes extensiones en la forma de latifundios. Todos los antiguos concesionarios de la Corona, con la vigencia de la Ley de Tierras, registraron sus dominios en las casas parroquiales o instituciones similares, pagando cierta suma por la unidad, y legalizar su posesión. Así, inmensas áreas agrícolas, primero de propiedad comunal-indígena, después apropiadas por la Corona, finalmente eran privatizadas en las manos de los grandes señores que se transformaban de amigos de la Corona, en señores de las tierras, en latifundistas (Fausto, 2003, p.p. 93-96). Así fue creada una base legal, que desde el principio, fomentó y estimuló solamente la gran propiedad, consolidando el latifundio extensivo para la clase terrateniente y a la vez el minifundio de subsistencia para la clase campesina pauperizada y desposeída. Sin obviar, la emergencia de una masa de sectores populares sin tierra, quienes implementaban diversas estrategias para sobrevivir, desde el trabajo asalariado, por lo general temporal y estacional, como también la ocupación de terrenos marginales para desarrollar cultivos de auto-subsistencia (Carvalho Franco, 1997).

Mi análisis se focalizará en la zona de nordeste, espacio de fenómenos sociales tan complejos como el movimiento mesiánico de Canudos y las incursiones bandoleras de los cangaçeiros. Esta región, otrora el primer núcleo de la colonización portuguesa y principal exportador azucarero mundial hasta mediados del siglo XVIII, se caracterizaba en la segunda mitad del siglo XIX por la decadencia de la producción azucarera en Pernambuco y Bahía, en contraste con la creciente prosperidad de las regiones cafetaleras del centro-sur, en especial la región de San Pablo. La élite empresarial cafetalera, conocida como *los barones del café*, consiguió superar exitosamente la transición entre el sistema de producción fundamentado en el trabajo esclavo, sustituyéndolo por el régimen de colonato, con base en la mano de obra familiar de inmigrantes del sur de Europa, especialmente italianos (Fausto, 2003, p.p.98-101).

Como apunta Andreas Doeswijk (2016) en la región nordeste, la abundancia de una población nativa libre y la decadencia del complejo económico social del azúcar, hacía que el problema de la sustitución de la mano de obra esclava, por una alternativa económica y viable, no revistiese un carácter demasiado grave. La crisis de la economía nordestina había comenzado alrededor de 1750, con el avance de las producciones de islas antillanas y caribeñas que comenzaron a desplazar a la nordestina del mercado europeo. En cuanto al sertão (o sertón) bahiano éste suministraba productos agropecuarios al Recôncavo azucarero, y no podía menos que participar en alto grado de su decadencia económica y política, como parte subordinada que era, de ese complejo productivo.

En el interior bahiano -como en muchas otras regiones del interior brasileño-, predominaban, desde el siglo XVII, relaciones de producción no libres, que no eran ni esclavas ni asalariadas. Los *vaqueiros*, por ejemplo solían trabajar por *quarteação*, es decir, por la cuarta parte de los animales criados, permaneciendo la propiedad de la tierra firmemente en manos de los coroneles, antes y después de proclamada la República. En peor condición que los *vaqueiros*, estaban los agricultores medieros, en cuanto que los *moradores* (puesteros) y los peones *agregados*, estaban en el escalón más bajo de la sociedad rural (Carvalho Franco, 1997, p.p. 85-107).

Se podría interpretar a la experiencia de Canudos, a partir del hecho de la acción de un grupo de pobres rurales diversos que se apropian de un latifundio improductivo, una de las tres formas de apropiación campesina señalada por Eric Hobsbawm (Hobsbawm: 1998), para desarrollar un movimiento aislado, buscando construir una comunidad igualitarista, de economía de autosubsistencia, en donde predominen las relaciones de reciprocidad por sobre las de intercambio capitalista, aunque sin suprimir totalmente a estas últimas. Para este autor la irrupción del capitalismo en las sociedades campesinas tradicionales, la introducción del liberalismo económico y de las relaciones sociales mercantiles, significaba los campesinos un auténtico cataclismo social que los desarticulaba y descomponía. Que este advenimiento del mundo capitalista moderno por la operación de fuerzas económicas que los campesinos no comprenden, o una irrupción brutal, por conquista o cambio del régimen, es percibido por ellos como una agresión mortal a su modo de vida. Las revueltas campesinas de masas contra este nuevo orden vivido como insoportablemente injusto, tomaron a menudo una forma milenarista (Hobsbawm: 1983).

Sin dudas el cambio político de Imperio a República también incidió fuertemente en los acontecimientos que, entre 1893 y 1897, se desarrollaron en Canudos. El nuevo régimen tuvo como progenitores, por una parte, a los militares jacobinos conocidos como "florianistas", centralistas, positivistas y modernizadores y, por la otra, a la elite cafetalera de Río de Janeiro, São Paulo y Minas Gerais. Fue ésta última que acabó hegemonizando el poder político y económico, en especial, a partir del gobierno del paulista Prudente de Moraes, 1894-98. La República Vieja se caracterizó por el predominio de los grupos agrarios, bajo la hegemonía de la burguesía cafetalera paulista. En la práctica, éstos terminaron implantando un régimen "federal" fundamentado en la concentración máxima del poder en manos de las oligarquías provinciales, fortaleciendo el sistema de dominación preexistente de los coroneles. El novel gobierno, lejos de recortar el poder a los coroneles, aumentó su dominio discrecional sobre la población, en especial, la del interior. La historia de Canudos también se vio gravemente afectada por las variadas disputas políticas de la época. Entre ellas se destacaban la lucha entre monárquicos y republicanos, entre florianistas y los barones del café y entre el sector que apoyaba al presidente Prudente de Moraes, de São Paulo, y el del vicepresidente, oriundo de Bahía, Manuel Vitorino Pereira.

Finalmente, la historia de los consejeristas estuvo influenciada por las disputas de las facciones políticas de Bahía². Los dos partidos que, por 1893, se disputaban el poder, eran facciones del Partido Republicano Federal, el antiguo Partido Conservador en épocas del Imperio. De manera que todas esas facciones enfrentadas entre sí, tanto en el orden nacional, como en el local, acabaron concordando sobre la cuestión de la necesidad de eliminar a Canudos del mapa del Brasil. Era evidente que el anti-monarquismo ocultaba designios diversos en las diferentes facciones. Por ejemplo, entre los militares florianistas -entre los cuales se destacaba el Jefe de la III Expedición, el Coronel Antonio Moreira César-, reinaba la opinión que Belo Monte era un reducto monárquico financiado por Inglaterra y apoyado por los partidarios de la restauración de Río y Bahía. En cambio, los *fazendeiros* del café y del azúcar veían en la comunidad de Canudos más bien una amenaza social, capaz de desestabilizar a la República de los Coroneles. (Doeswijk, 2016, p.p.42-45). En contraste, el líder de los insurrectos de Canudos, Antonio Consejero, era monárquico y a la vez un ferviente abolicionista. En sus escritos agradece a la princesa Isabel, a quien considera el instrumento elegido por Dios para promulgar la Ley Áurea -que abolió en

² Se denominaba consejeristas a los grupos de seguidores de Pedro Conseheiro (Pedro Consejero, en español), el carismático líder de Canudos.

forma definitiva a la esclavitud en Brasil-. Además, creía que la novel República pretendía re-esclavizar a la población afrodescendiente (Doeswijk, 2016, p.41).

Por su parte, Murilo de Carvalho expresa que este movimiento popular mesiánico compartía la impronta monárquica y anti-republicana, como otros del período, ya que las clases populares nordestinas percibían a la república como una expresión de las élites económicas: “Todo el episodio fue un trágico error. El Ejército nacional mató en masa, empleando cañones Krupp, a toda la población partidaria del movimiento” (Murilo de Carvalho, 1995, p. 61).

Con relación al espacio chileno, Julio Pinto Vallejos destaca que en esta sociedad, desde las décadas posteriores a la independencia se produjo un proceso de transformaciones económicas y a la vez sociales que se extendería hasta finales del siglo XIX. En esa dinámica dialéctica, por un lado se transformaron las empresas capitalistas y por otro, las identidades de las clases populares. Estas clases populares eran diversas y heterogéneas, provenientes del mundo campesino colonial: arrendatarios, inquilinos, pequeños propietarios, afuerinos, peones ambulantes, gañanes, medieros, etc. Las mismas evidenciaban una gran diversidad, y a la vez un fuerte dinamismo social, que los convierte en un interesante actor social de la historia chilena, como sostiene Gabriel Salazar Vergara en su famoso estudio sobre las clases populares chilenas del siglo XIX.

En la dimensión empresarial, la vieja compañía mercantil -sin razón social, de corta vida y sin contabilidad estable- mutaría en la moderna compañía de responsabilidad limitada -mercantil, con razón social, planta burocrática y contabilidad estable, pero aún pre-industrial-; situación que desencadenó el paso de las identidades populares regidas por el cuasi paritario contrato de “Conchavamiento”, “préstamo” o “dobra”, al asimétrico y abusivo contrato de peonaje “a mérito”, o sujeto a deuda con la pulpería patronal y atrapado en un régimen judicial e institucional proclive al orden oligárquico. Incluso, desde 1850, la empresa capitalista se transformó en sociedad anónima y se comenzaron a modificar los contratos laborales, con enganches más flexibles como trabajo a destajo, a domicilio, particulares, etc. También, se comenzó a admitir el desarrollo de organizaciones proletarias. Esta modernización capitalista fue la imperante en las empresas de punta chilena, durante el último tercio del siglo XIX (Pinto Vallejos, 1998, p.12). También durante este proceso, acontecieron otros cambios desfavorables para las clases populares, como la supresión de la iniciativa y gestión empresarial popular. En la regiones agrícolas, en particular en el Valle Central, la posibilidad de los inquilinos de desarrollar una economía campesina exitosa y

complementaria a la latifundaria fue cada vez más dificultosa, con una tendencia finisecular a aumentar los beneficios del latifundista propietario de la parcela e incluso en las primeras décadas del siglo XX con la expulsión de los campesinos (Kay, 1988). Paralelamente, en las regiones de explotación minera, como el Norte Chico, donde por un tiempo convivieron la extracción minera de la empresa consolidada –moderna, con más acceso a capital y tecnología- con la pequeña empresa –más artesanal y con menos recursos financieros-, muchas veces gestionadas por trabajadores mineros experimentados y con iniciativa. Sin embargo, la última forma de gestión fue ahogada por las medidas y controles públicos favorables a las empresas más grandes. En forma simultánea, se recortaron ciertos niveles de autonomía de los trabajadores en sus formas y organización laboral (Illanes, 1990).

De acuerdo al análisis de Gabriel Salazar (1985), el contraste más evidente se produjo entre dos actores sociales populares, los *inquilinos* y los *peones*. Los primeros se encontraban aposentados en parcelas pertenecientes a terratenientes y tenían un proyecto agrícola-familiar de largo plazo; en contraste los *peones*, en particular los ambulantes -sector formado por los más desfavorecidos de la sociedad como indios, mestizos, mulatos y zambos- las antiguas "castas"- carecían de estabilidad laboral y económica, lo que invalidaba todo posible proyecto de organización familiar. Se trataba de miles de hombres que recorrían los campos y las haciendas buscando un trabajo o algo que hurtar. Por ejemplo, el peón o gañán era un trabajador temporal que algunas veces vivía en las haciendas, otras era un "arrimado" o "allegado" a un inquilino, o se instalaba en las chinganas. Empero, esa inestabilidad laboral y económica se combinaba con el ejercicio de una mayor libertad y autonomía, en contraste con la vida disciplinada y moralizada que se le exigía al inquilino.

El crecimiento de la población, la valorización de la tierra, la expulsión de los inquilinos y la progresiva necesidad de trabajadores para las faenas relacionadas con la exportación de trigo generaron un fuerte aumento de la demanda y de la población flotante en el siglo XIX. Para el autor del colapso de la economía y la sociedad campesina –del proceso de campenización truncado- surgiría el roto chileno, clase popular que con su independencia y descatos constituirían la primera amenaza estratégica autonómica para la dominación del patriciado chileno (Gabriel Salazar Vergara, 1985, p. 125). Las mismas también fueron relevantes por su peso demográfico, constituyendo el 60 % de la clase trabajadora en el período de 1854-1895, y a la vez, por su

expansión geográfica, abarcando desde el sur agrícola hasta el norte minero. Se enfatiza que más allá de la prejuiciosa mirada patricia, las peonadas eran una mano de obra experimentada, flexible y con importante iniciativa y talento (Salazar V., 1985, p. 155).

La clase peonal se caracterizó tanto por su desplazamiento laboral como su afición a los placeres del ocio como la afición a los juegos -las carreras de caballos, las canchas de juego de bolos, las cartas, etc.- en fin, todo lo que diese lugar a levantar ramadas y consumir licores formaban parte del mundo de los vagos, ociosos y *malentretidos*, como se les llamaba en aquella época. A la vez era un colectivo humano flexible y adaptable, pudiendo desplazarse cientos de kilómetros, de una región a otras, para conseguir una mejor condición laboral y también de aprender y desarrollar con facilidad nuevas tareas, generalmente en el trabajo manual. Si bien desde la época colonial existían órdenes para castigar los desórdenes en las pulperías y en las tabernas, en el siglo XVIII el incremento de la demanda de mano de obra y a la vez de su disciplinamiento, como bien señala M. A. Illanes (Illanes, 1990).

Podemos considerar al Norte Grande como una macrozona desde donde fue posible estructurar un "espacio transfronterizo", enmarcado entre las fronteras de Chile con Perú y Bolivia y la frontera interior de Taltal, incluyendo a las provincias de Tacna y Arica que en el período estudiado, estaban en litigio entre Perú y Chile. Esta región en el siglo diecinueve, fue entonces sinónimo de desierto y de minería salitrera, pero a la vez su historia se asocia al conflicto regional de la Guerra del Pacífico. Efectivamente, los tres países compartieron los mismos intereses económicos al explotar los mantos de caliche de Tarapacá y Antofagasta. Desde la década de 1870, los chilenos se trasladaron al Desierto de Atacama, a lugares de propiedad de Bolivia y Perú que exportaban salitre. A fines de la década, Bolivia, Chile y Perú recurrieron a estos depósitos de salitre para compensar las consecuencias de la recesión financiera en la economía del Atlántico. El resultado de esta competencia fue la Guerra del Pacífico (1879-83), en la cual Chile conquistó las provincias salitreras, tomando Antofagasta de Bolivia y Tarapacá de Perú. Para las siguientes fronteras (con Perú y Bolivia) se puede afirmar que, a partir de 1884, quedaron "en transición" pues los tratados bilaterales, como los pactos de guerra, no las establecieron de modo definitivo, hasta el Tratado de Paz y Amistad de 1904 entre Bolivia y Chile, y finalmente, en 1929 el Tratado de Paz y Amistad entre Perú y Chile.

Durante el siglo diecinueve y hasta el primer tercio del siglo veinte, la industria del salitre estaba estrechamente vinculada, social y comercialmente, con zonas ubicadas al oriente de los Andes, tanto el altiplano y valles de Bolivia como el noroeste de Argentina. También los circuitos de bienes y personas desde y hacia las salitreras alcanzaron las provincias peruanas de Tacna y Tarata desde inicios del ciclo del nitrato en Tarapacá. Para la década de 1920 la producción salitrera declinó su importancia en la economía chilena, ante su pérdida de competitividad en el mercado internacional de los fertilizantes.

La importancia del nombre "Norte Grande" —que los habitantes le dieron a la parte del desierto de Atacama al norte de Taltal— está en la dimensión cultural. La *identidad pampina* fue la que surgió del desierto durante la industria del salitre y que se extendió durante el período del cobre, dos ciclos que fueron consecutivos, pues cuando la economía del nitrato de soda comenzaba su decadencia definitiva hacia el término de la Primera Guerra Mundial, la economía del cobre iniciaba su expansión. En ese espacio, los cantones salitreros y las diversas oficinas eran pequeños polos de atracción para los enganches de trabajadores y los flujos de mercancías. Estos trabajadores provenían de diferentes regiones de Chile, tanto del Valle Central como de otras localidades del Sur e inclusive del Norte; pero también existía un fuerte contingente de trabajadores provenientes de Bolivia, Perú e incluso, en menor medida, de la Argentina. Si bien sus orígenes sociales eran diversos, la mayoría podía categorizarse como peones provenientes de las actividades rurales, carentes de una disciplina laboral de tipo industrial y a la vez, de una identidad y cultura sindical moderna.

Esta condición fronteriza "en transición", permitió la consolidación de un "espacio trasfronterizo salitrero" y a la vez de una "sociedad de frontera", con una tardía incorporación a la dinámica del Estado chileno. Ante la ausencia del Estado nación chileno en el control fronterizo durante el ciclo de expansión del salitre y por la existencia de una política salitrera que deja en manos de los empresarios la administración de esta industria. Por lo anterior, sostenemos que la política salitrera chilena, que optó por la aplicación de un impuesto alto y la libertad empresarial, fue clave para que las fronteras no fueran un obstáculo para los flujos de bienes y personas que la industria del nitrato requería. De tal modo, el Norte Grande de Chile surgió más por la ausencia de una política pública de ordenamiento territorial que por una geopolítica nacional sobre un territorio estratégico (Blakemore, 1992, p.p.164 y 165).

La industria salitrera actuó como fue una actividad de atracción para poblaciones venidas desde Perú, Bolivia, Argentina y Chile. Como consecuencia, por un lado se aumentaron los flujos de población enganchada hacia las faenas del nitrato y, por otro, la mayor presencia demográfica dificultó la asimilación social de las crisis salitreras, en particular las de 1914, 1919 y otras subsiguientes. Como bien señala Julio Pinto Vallejos, la economía del nitrato permitió no solo un mercado para bienes venidos desde el interior del continente y de ultramar, sino, adicionalmente, la construcción en el desierto de una sociedad dinámica y con identidad, bajo el concepto de "pampina". En síntesis, para el autor las identidades populares se fueron reconfigurando paralelamente a los cambios sufridos por las empresas capitalistas.

Culturas de resistencias: la violencia peonal chilena y el mesianismo yagunzo

En numerosos trabajos de historia social de América Latina de las últimas décadas se enfatizan las resistencias que las clases populares de diferentes regiones manifestaron ante el avance y consolidación del orden oligárquico. Empero, ¿por qué adoptaron formas tan diferentes: en el nordeste brasileño –un movimiento mesiánico- y en el norte pampino chileno –los motines peonales, entre otras –?, ¿Por qué tuvieron evoluciones posteriores tan diferentes? Mientras que los yagunzos después de la brutal represión, nunca más volvieron a articular un movimiento de resistencia colectiva, las peonadas chilenas se incorporaron a las modernas organizaciones sindicales, desarrollando una fuerte ideología y organización proletaria que los convertiría en un fuerte actor social durante gran parte del siglo XX.

Sin dudas, las últimas tres décadas del siglo XIX de la historia chilena constituyen un período muy interesante al nivel de las resistencias populares pero también desde la construcción de una nueva identidad de clase. Prima facie, se percibe un contraste entre el período comprendido entre las décadas de 1870-1880, quizás el período donde más se evidencie la tensión entre la opulencia de la oligarquía y las pésimas condiciones de vida de las clases populares, que se manifestaron en diversas formas de resistencias como el motín peonal y la asonada callejera; y el período que abarcaría desde 1890 y 1907. En esta fase, ya es evidente una transición de las formas de resistencia popular a las consideradas del proletariado moderno como las huelgas, los boicots, etc., y a la vez se perciben cambios en las conductas de los sectores trabajadores.

Como bien apunta Grez Toso si bien la guerra civil de 1891 facilitó al relajamiento de la disciplina social, también es evidente que un año antes, en la huelga general de 1890, la primera simultáneamente realizada en varias regiones, lo que daría un alcance nacional, se evidenciaron acciones propias de un proletariado moderno. Empero, también destaca la hibridez de los eventos que todavía combinaban asonadas, motines y saqueos de propiedades y bienes públicos y privados. En ciertos momentos, ante el avance de las turbas destructoras de la propiedad, la élite temió al bajo pueblo, (Grez Toso, 2000, p.p. 2- 3).

Para problematizar sobre las características de esas violencias populares, Gabriel Salazar Vergara, en su estudio ya mencionado, sostiene la existencia de una identidad de clase en las masas peonales: “Desde que, a comienzos del siglo, el peonaje y el proletariado industrial chilenos irrumpieron en la historia nacional demostrando con hechos que constituían ya un interlocutor y un protagonista insoslayables para la clase dominante” (Salazar, 1985, p. 7). En concreto, el autor considera que el accionar y varios elementos identitarios del colectivo peonal tendrían su impacto y continuidad en el proletariado chileno de comienzos del siglo XX, hipótesis no tan aceptada por otros historiadores sociales chilenos.

Sergio Grez Toso, en un sugerente artículo donde analiza la transición en las formas de lucha, de los motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907) arriba a una hipótesis diferente. Para el autor, las resistencias peonales –a las que considera primitivas en términos de E. Hobsbawm-, van a desaparecer antes de la gran huelga de Tarapacá de 1907. Durante el período comprendido entre 1902 y 1905 se combinan varios elementos para extinguir los métodos de lucha de estilo peonal. Por un lado, las fuerte represiones sufridas por parte de fuerzas estatales que terminarían inhibiendo a las formas más reactivas de protesta social; por otro las múltiples y diversas influencias políticas: de las nuevas organizaciones sociales -como las Mancomunales, sociedades de resistencias, etc.- que apostaban a construir una organización moderna y clasista de lucha social; las influencias del Partido Demócrata que propugnaba la institucionalización del movimiento obrero; e incluso las emergente ideas socialistas que apuntaban a la modernización de la clase trabajadora. Sin obviar, a las políticas empresariales orientadas a “civilizar” y disciplinar a las actitudes peonales. Todo esto en un fuerte proceso de proletarización, donde las masas trabajadoras, transitaron en poco tiempo un proceso de sedentarización y asalariamiento. Los resultados se vieron en poco tiempo: “La violencia social disminuyó y los enfrentamiento de clase

tendieron a darse de una forma más ordenada y pacífica en una proporción casi siempre acorde al surgimiento de una identidad y conciencia de clase más nítida entre los trabajadores” (Grez Toso, 2000, p. 66).

Sin embargo, ¿Qué aconteció en la región salitrera? La misma venía de una pacificación de post-guerra que sería temporal, donde la huelga de 1890 mostró una intensa radicalidad pero en una mezcla de elementos viejos y nuevos, donde se combinaron la huelga –típica medida de lucha proletaria moderna- y el motín - medida de lucha más pre-capitalista-, un bricolaje que duraría hasta la mitad de esa década (Grez Toso, 2000, p. 7).

En los obreros pampinos se evidencia una transición a formas de lucha proto-sindical en los conflictos de Iquique (1893), de Antofagasta (1894) y de la zona de Laguna (1894 y 1895). En estos eventos predominó el planteo de petitorios a la patronal, las amenazas de huelga –muchas veces concretadas-, etc., con una conducta de solidaridad de clase y coordinación entre trabajadores de distintos oficios y oficinas, para sostener el proceso de lucha. Estos cambios se expresaron en organizaciones articuladoras como las denominadas como Unión de Protección del Trabajo, por ejemplo la Sociedad Gran Unión Marítima de Iquique. En verdad, este proceso de transformación de la conducta laboral ya había comenzado en las décadas del 70 y 80, en aquellos espacios laborales de los centros urbanos, donde existían contingentes obreros en condiciones de trabajo estable y sedentarizados como los ferroviarios, portuarios y otros oficios de servicios urbanos. La demora de estos cambios conductuales en los obreros pampinos se deben a varios factores como los cambios estructurales de la industria salitrera (desplazamientos de oficinas que impedían la sedentarización del obrero), los constantes enganches, la bajada de mano de obra aymara al desierto y la competencia empresarial por la mano de obra. Como concluye Grez Toso, el peonaje iba desapareciendo en el proletariado y consumando su derrota histórica, tanto las conductas como la cultura trabajadora habían comenzado una transformación en un sentido moderno que sería irreversible.

La conclusión de Julio Pinto Vallejos es más matizada. Considera que en un período de mediana duración -1850 a 1900-, se consolida lo que denomina como *identidad pampina*. La misma sería una construcción híbrida, en un colectivo social que gradualmente va perdiendo algunas de sus características de sociedad fronteriza, y que transita una tensión permanente entre cambio y permanencia, “el mundo popular pampino fue entrelazando sus antiguas culturas y sus

nuevas experiencias en un tejido que, al final de cuentas, constituyó el contenido mismo de la identidad pampina: híbrido de tradición y modernidad, de peonaje y proletariado, de patria y clase, de lo local y lo cosmopolita (...) junto a las antiguas sociabilidades del chinchel y la fonda, de la faena carrilana y la cuadrilla bandolera, del cuchillo y del motín, fueron encontrando su espacio – aunque nunca erradicando a las anteriores- las sociabilidades nuevas de la mutual y la filarmónica, la escuela nocturna y el partido político, el sindicato y la huelga (Pinto Vallejos, 1998, p. 315)

Al comparar la experiencia popular chilena con la brasileña de Canudos, encontramos que esta última podría categorizarse como una *insurgencia antiexcedentaria*, de acuerdo a la conceptualización propuesta por Miquel Izard, para explicar a las resistencias de llaneros y arrochelados contra el avance del control estatal y a la vez de imposición de la excedentarización –conversión compulsiva de la gente en productores/consumidores de excedentes comercializables-en la Venezuela tardocolonial, aunque el autor enfatiza que esas modalidades de resistencias existieron en numerosos espacios de América Latina, durante los siglos XVIII y XIX. Los escasos refractarios totales fueron tachados de vagos y acosados con las leyes correspondientes desarrollaron. Empero, muchos grupos sociales frente a esta cultura de la sumisión, que les impusieron desarrollaron una cultura clandestina de la resistencia, sincrética y maleable (Izard, 1991, p.p. 179-180).

Para algunos marxistas, en una línea interpretativa iniciada por Rui Facó (1963) el mesianismo de Canudos y de otros movimientos rurales, sería la cobertura ideológica de la real lucha que sería en favor de la posesión de la tierra y en contra de una República oligárquica. Un continuador de esa línea agrarista, José de Souza Martins, considera que el mesianismo, el banditismo de los cangaceiros y el sindicalismo agrario, se constituirían en tres etapas de la lucha por la tierra. De esa primera etapa, Canudos, 1893-1897 y Contestado, 1911-1916, serían las expresiones más típicamente pre-política, los canudenses no son ni fanáticos ni yagunzos sino, en primer lugar, campesinos, que al combatir a la República, combatían a los militares y *fazendeiros*, es decir, a los explotadores.

Como bien apunta Doeswijk (2016) a mediados de la década del 90 se reactivó el debate historiográfico sobre la masacre de Canudos, en gran medida porque dos autores publicaron trabajos historiográficos relevantes la temática. A saber, Marco Antonio Villa con *Canudos. El pueblo de la tierra* y Robert Levine con *El Sertón Prometido. La masacre de Canudos*, ambas publicadas en 1995. Para el primero el movimiento era de carácter colectivista, una especie de

utopía agraria aunque no socialista, ya que la comunidad había desarrollado formas organizativas con base en la tradición sertanera que le permitía la sobrevivencia al margen de la dominación de los terratenientes, pero sin ninguna pizca de mesianismo o milenarismo. La visión de Villa sobre Canudos es la de una utopía agrarista, amalgamada por la ideología religiosa.

En contraste, para Robert Levine existe un mesianismo, o más bien un milenarismo moderado, ya que le concede una gran importancia al análisis de la religiosidad popular en el Brasil de finales del Imperio y de comienzos de la era republicana. Para él, sobre Canudos se concentran dos miradas: la visión del litoral y la visión del Consejero. La primera está bien expresada en *Los Sertones*, con todos los matices que hemos intentado adosarle en nuestro comentario. La segunda no se puede entender sin una comprensión somera del mundo religioso del sertão, muy diferente al del triángulo Río de Janeiro - São Paulo - Belo Horizonte. Las dos visiones representan una brecha cultural y económica de grandes dimensiones. A un mundo atrasado, pobre, monárquico y con una religiosidad particular se opone la visión de una región moderna, republicana, rica y asimilada, en lo religioso, a las nuevas directivas del Vaticano. A la brecha económica y política se añadía la de las maneras diferenciadas de practicar las experiencias religiosas. Para la visión del litoral, era más cómodo considerar a los consejeristas como fanáticos, yagunzos y mesiánicos, que intentar entenderlos en su especificidad propia de campesinos con una cultura popular específica. Pero donde se separan claramente las aguas entre los dos autores, es en la cuestión agraria. Levine casi no le dedica atención a la economía o a los aspectos de la cultura material de Canudos. Al reducir el drama a un embate, casi exclusivamente cultural, entre dos mundos, en una época de transición, retoma, en algunos aspectos al menos, la visión de Euclides. Para el autor, Canudos era fundamentalmente una manifestación milenarista *sui generis*, que por causa de lo que él denomina “la visión del litoral”, fue destruido por la incapacidad de llegar a un acuerdo razonable entre las partes enfrentadas.

A modo de cierre

Empero, ¿Cuál sería el legado de las resistencias peonales –las resistencias primitivas- para la conformación de la moderna clase obrera chilena, ya visualizable en la primera década del siglo

XX? , ¿Fueron recursos de una clase en proceso de proletarización o estrategias de sectores populares más diversos?

Gabriel Salazar plantea una continuidad en la resistencia de un movimiento popular, un proceso de larga duración que iría desde las resistencias de las masas peonales hasta la conformación de la clase obrera moderna. En contraste, en la perspectiva de Grez Toso, la única contribución peonal significativa al nuevo movimiento obrero sería “el espíritu de rebeldía su historia plurisecular”, cuestión muy difícil de probar desde la investigación histórica (Grez Toso, 2000, p. 66). Como ya vimos en párrafos anteriores, para Julio Pinto Vallejos, se construye una identidad proletaria moderna, que es híbrida y donde se mantienen, al menos en el mediano plazo, algunos elementos de la cultura peonal.

Y la resistencia de Canudos ¿Qué aportó a las luchas sociales posteriores? Si existiera alguna línea de continuidad entre los movimientos mesiánicos y las luchas sociales del siglo XX, la misma sólo se encontraría en los espacios rurales, ya que la construcción del movimiento proletario brasileño se remite a otras tradiciones y experiencias políticas. Incluso esa ligazón, se destacaría más en el plano simbólico que en el de construcción política. Si bien Hobsbawm considera que en algunos casos las experiencias milenaristas pueden transformarse en el punto de partida de un verdadero movimiento social moderno, como el caso de las Ligas Campesinas Sicilianas de 1891-1894, este no fue el caso del Nordeste brasileño (Hobsbawm, 1983, p.p. 144-164).

Las Ligas Campesinas –desarrolladas en la década 60 del pasado siglo- y el Movimiento Sin Tierra –de la década del 80 hasta la actualidad- plantearon un horizonte de transformación social de carácter solidario y comunitario pero a la vez racionalista y concreto. Para Bernardo Mançano Fernandes existen fuertes diferencias entre las experiencias mesiánicas de Canudos y Contestado, que se caracterizaron por desarrollar un movimiento aislado –concretar una utopía colectiva y agrarista en un espacio determinado-, mientras que en la mayoría de las ocupaciones rurales posteriores, que ya evidenciaron formas de organización y conductas de características modernas- fueron y son de carácter territorial, ya que se proponen expandir sus organizaciones en un territorio más vasto y a la vez, articular relaciones políticas y económicas con otros actores de la sociedad civil como sindicatos del movimiento obrero, grupos de consumidores, clases medias urbanas, estudiantes, ONGs, entre otros (Mançano Fernandes, 2008).

Si bien el abordaje del tema propuesto requiere mayor investigación, al retomar el propósito inicial del trabajo que era realizar una comparación de los procesos de las resistencias de las clases populares ante el nuevo orden oligárquico, en el Norte salitrero chileno y el Nordeste brasileño, en el período de las dos últimas décadas del siglo XIX, se podría concluir que en el primer caso, donde existe una interesante controversia historiográfica, todavía es difícil determinar cuáles fueron los aportes e influencias de la clase peonal en la clase obrera moderna chilena; en el caso nordestino, la mayor –y única- contribución de los canudenses a los nuevos movimientos sociales, en particular a los campesinos, se focaliza en el indomable espíritu de rebeldía contra el sistema de dominación oligárquica, reciclado hoy en día en la confrontación contra el modelo capitalista neoliberal.

Bibliografía:

Blakemore, H. (1992). Chile, desde la guerra del Pacífico hasta la depresión mundial, 1880-1930. En L. Bethell (ed). *Historia de América Latina* (Volumen 10). Barcelona: Crítica.

Carvalho Franco de, M. (1997). *Homens Livres na Ordem Escravocrata*. Sao Pãulo: UNESP.

De Souza Martins, J. (1995). *Os Camponeses e a Política no Brasil*, Petrópolis: Vozes.

Doeswijk, A (2016). *Vivir es muy peligroso. Mesianicos y cangaçeiros en los sertones brasileños, 1890-1940*. CABA: Razón y Revolución.

Facó, R. (1992). *Cangaceiros e Fanáticos, Gênese e Lutas*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Fausto, B. (1992). Estructura social y política de la Primera República, 1889-1930. En L. Bethell. op. cit. Barcelona: Crítica, 1992.

Fausto, B. (2003). *Historia Concisa de Brasil*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Grez Toso, S. (2000). Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907). En *Historia*, vol. 33. Santiago.

Hobsbawm, E. (1983). *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ediciones Ariel.

Hobsbawm, E. (1998). *Pessoas Extraordinárias*. São Paulo: Paz e Terra.

Illanes, M. A. (1990). *Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama, 1817-1852*, 90-120. En formato electrónico: Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0012940.pdf>

Izard, M. (1991). Vagos, Prófugos y Cuatrerros Insurgencias Antiexcedentarias en la Venezuela Tardocolonial. Insurgencias Antiexcedentarias en la Venezuela Tardocolonial. En *Boletín Americanista* (N ° 41). Barcelona: Universidad de Barcelona, Sección de Historia de América, Facultad de Geografía e Historia.

Kay, Cristóbal. (1988). Evolución del sistema de la hacienda chilena, 1850-1973. En K. Duncan e I. Rutledge (comp). *La tierra y la mano de obra en América Latina*. México: FCE.

Mançano Fernandes, B. (2008). La ocupación como una forma de acceso a la tierra en Brasil: una contribución teórica y metodológica. En S. Moyo y P. Yeros (coord.). *El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Murilo de Carvalho J. (1995). *Desenvolvimiento de la ciudadanía en Brasil*. México: Fondo de Cultura Económica.

Levine, R. (1995). *O Sertão Prometido. O Massacre de Canudos*. São Paulo: Edusp.

Pinto Vallejos, J. (1998). *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*. Santiago de Chile: Editorial Universidad de Santiago.

Salazar, G. (1985). *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago, Ediciones SUR.

Thompson, E. (1979). *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica.

Villa, M. (1995). *Canudos. O povo da terra*. São Paulo: Ed. Ática.

